

espere un poco; voy á traer unos almohadones de la iglesia y podrá tenderse con su compañera junto al fuego. No tema faltar á su padre, pues cuando abran las puertas la llamaré.

El sacristán fué presuroso á buscar los almohadones y los colocó en el suelo.

—¡Ea! ya está corriente—dijo el buen hombre;—y ahora no me dé usted gracias, pues yo también tengo hijas, y aunque no hayan nacido en la prisión de la Mariscalía, habrían podido nacer allí si hubiesen tenido un padre como el de usted. Pero... aguarde... quiero poner algo para que el almohadón en que apoye la cabeza se levante un poco. ¡Ah! he aquí el registro de las defunciones... ¡perfectamente! Este libro es curioso, no precisamente para buscar los nombres inscritos, sino para ver cuáles no están... Esto es lo que más interesa.

Y volviéndose para contemplar con satisfacción su improvisado lecho, el sacristán se retiró, dejando á las dos amigas solas. Maggy roncaba ya, y la niña Dórrit quedó pronto sumida en profundo sueño, con la cabeza apoyada en el libro del destino, sin cuidarse de las hojas en blanco que aún faltaba llenar en el volumen.

Así pasó la noche de la niña Dórrit en medio del abandono, de la miseria y de los peligros de la gran metrópoli; en medio del frío y de la humedad; así pasó la noche de la niña Dórrit, que debía terminar con una mañana lluviosa y sombría.



CAPITULO XV

La mujer de Jeremías Flintwinch vuelve á soñar

La antigua y decrépita casa de la viuda Clennam, cubierta en parte de una capa de hollín, y sostenida principalmente por sus puntales, ya bastante deteriorados, seguía ofreciendo el mismo aspecto lúgubre. Si el sol la visitaba por casualidad, sólo penetraba en ella algún furtivo rayo que desaparecía muy pronto; y si la iluminaba la melancólica luz del astro de la noche, sólo era para poner en relieve su mole sombría. En cambio, la lluvia, el granizo y el hielo parecían visitar de preferencia aquella triste mansión, donde aún se encontraba nieve mucho tiempo después de haber desaparecido de todos los demás puntos. En cuanto al ruido exterior, apenas se percibía allí el rodar de los carruajes; de modo que la mujer de Jeremías llegaba á creer á veces que estaba sola. Las voces de los transeúntes, los cantos, los gritos, los silbidos, y en fin, todos los rumores humanos, percibíanse sólo como los débiles sonidos que se extinguen con la distancia.

El resplandor variable del fuego y de la luz que ardían de continuo en la habitación de la señora Clennam era el único cambio que turbaba la lúgubre monotonía de aquella mansión. Sin embargo, durante una parte de los cortos días de

invierno, cuando ya por la tarde comenzaba á reinar la obscuridad en aquella antigua casa, hubiéranse podido ver las imágenes disformes de la viuda Clennam en su sillón de ruedas, de Jeremías Flintwinch, y de su mujer que iba y venía, semejantes á las sombras de una inmensa linterna mágica reproducidas en la pared que se elevaba sobre la puerta cochera. Cuando la paralítica se había retirado á descansar, por la noche, estas sombras desaparecían una después de otra, siendo la última la de Jeremías; entonces, la luz solitaria ardía tranquilamente hasta que las primeras claridades del alba la hacían palidecer.

¡Quién sabe si aquel fuego que iluminaba tan débilmente la habitación de la viuda no era sino un faro para atraer á alguno, que tal vez no esperaba llegar hasta allí, conducido por la fatalidad! ¡Quién sabe si aquella luz, que brillaba con vacilante resplandor, no sería una señal que debía iluminar aquella habitación todas las noches hasta que se realizase un acontecimiento imprevisto! Entre la inmensa multitud de seres que viajan ahora á la claridad del sol y de las estrellas, que franquean cerros y colinas polvorientas, que cruzan con fatigado pie llanuras interminables, que avanzan por mar ó por tierra yendo y viniendo de una manera tan singular, para encontrarse é influir unas sobre otras, ¿quién es aquel que sin sospechar aun el objeto de su viaje, dirige sus pasos hacia esa mansión sombría que le señala el dedo del destino?

El tiempo nos lo dirá. Honores y oprobio, bastón de mando ó palillos de tambor, estatua de par en la abadía de Westminster ó hamaca de marinero en el Océano, la mitra y el hospicio, el sillón de presidente de las Cámaras ó la horca, el trono y la guillotina; todos los que se dirigen hacia estos diversos fines están ya en marcha por el gran camino del mundo: pero este camino tiene maravillosas desviaciones, y sólo el tiempo puede darnos á conocer la meta de cada cual.

Cierta noche muy fría, hacia la hora del crepúsculo, la señora Flintwinch, que había sufrido una tenaz jaqueca todo el día, soñó que se hallaba en la cocina, calentando el agua para el té, y que mientras estaba sentada en su silla, preguntándose si no es la existencia un aburrimiento para ciertas personas, asustóla un ligero rumor á su espalda. Soñando siempre, recordó que la semana anterior lo había oído también, y que este ruido misterioso asemejábase al que producen el roce de un vestido y algunos pasos rápidos. La señora Flintwinch sintió como un choque en su corazón, cual si aque-

llos pasos hubieran hecho retemblar el suelo, y hasta se figuró que la tocaba una mano espantosa. La mujer de Jeremías soñó que esta visión reavivaba en ella ciertos terrores ya muy antiguos, infundidos por el temor de que la casa estuviese habitada por duendes; y que había subido de cuatro en cuatro los escalones de la cocina, sin saber cómo, para ir á buscar la sociedad humana.

Pero al llegar á la antecámara, vió que la puerta del despacho de su señor y dueño estaba abierta de par en par, no habiendo nadie dentro; entonces acercóse á la estrecha ventana que daba luz al gabinete situado cerca de la puerta principal, á fin de reprimir los latidos de su corazón y comunicarse con los seres vivientes que viese fuera de la casa hechizada. Apenas se adelantó, pudo ver en la pared, sobre la puerta cochera, las sombras de su señor y de la viuda, que hablaban en alta voz. La señora Flintwinch, con sus zapatos en una mano, subió rápidamente la escalera, no sólo para acercarse á aquellos seres malignos, que valían por sí solos tanto como toda una legión de duendes, sino también á fin de oír lo que decían.

—¡Vamos! no admito esas necedades—decía Flintwinch;—no las toleraré.

La mujer de Jeremías soñó que estaba detrás de la puerta entornada, y que oyó á su marido pronunciar distintamente estas atrevidas frases.

—Jeremías—replicó la señora Clennam con voz cavernosa,—la cólera que te domina es un demonio furioso. ¡Cuidado!

—Poco me importa estar poseído de un demonio ó de una docena de ellos—replicó el viejo, cuyo tono confirmaba sus palabras.—Digo que no quiero esas necedades, y que no las toleraré; y si se negasen á declararlo, ya los obligaría.

—Pero, ¿qué he hecho yo, hombre irritable?—preguntó la voz cavernosa.

—¿Lo que ha hecho usted? Caer sobre mí.

—¿Dice usted eso porque le he hecho algunas observaciones...?

—No me ponga usted en la boca palabras de que no me he servido—interrumpió Jeremías;—repítome que ha caído usted sobre mí y no digo más.

—Si le he hecho observaciones—repuso la señora Clennam,—es porque...

—¡No admito eso!—gritó Jeremías.—Ha caído usted sobre mí.

—Pero, hombre obstinado, si he caído sobre usted (Jeremías sonrió irónicamente al oír á la viuda repetir su misma frase,) es porque no tenía ninguna necesidad de haber sido tan indiscreto esta mañana con Arturo. Me asiste el derecho de quejarme, y digo que es casi un abuso de confianza. No había reflexionado usted...

—¡Nada de eso!—interrumpió de nuevo Jeremías;—yo había reflexionado maduramente...

—¡Vamos! ya veo que es preciso dejarle hablar solo, si así le place—replicó la viuda con un tono que revelaba su irritación.—Es inútil dirigir la palabra á un viejo inconsiderado y testarudo que está resuelto á no escuchar nada.

—Tampoco quiero que diga usted eso—replicó Jeremías;—yo no me niego á escucharla; le he dicho que había reflexionado; y si se empeña usted, vieja inconsiderada y testaruda, ya sabrá por qué hablé esta mañana como lo hice.

—Eso no es más que repetir mis propias palabras—replicó la señora Clennam, esforzándose por contener su indignación.—Vamos, ya le escucho.

—Pues bien, he hablado así porque usted no ha tenido la prudencia de disculpar á su padre, cuando debía hacerlo, y porque antes de acalorarse por lo que á usted se refería, cuando sólo es...

—¡Alto ahí, Jeremías!—exclamó la viuda con tono amenazador—advierta usted que podría extralimitarse...

Sin duda opinaba el viejo lo mismo, pues sucedióse una pausa, y después añadió con más dulzura:

—Quería decir que antes de tomar su propia defensa debió usted tomar la del padre de Arturo, y advierta que yo no le apreciaba tanto como usted pudiera creer. He servido en esta misma casa á su tío, cuando el esposo de usted no ocupaba una posición muy superior á la mía, cuando era más pobre aun que yo, y cuando el tío hubiera podido muy bien nombrarme heredero. Mientras que el padre de Arturo se moría de hambre en el comedor y yo en la cocina, poca diferencia había en nuestras respectivas posiciones. Jamás le profesé afecto entonces, ni creo que tampoco en ninguna otra época, porque era un joven débil y sin carácter, que desde su infantil orfandad, apenas tuvo más energía que la indispensable para ir viviendo. Y cuando la trajo á usted aquí, á usted, la esposa que su tío le eligiera, no necesité mirarla dos veces (en aquel tiempo era usted una hermosa mujer,) para adivinar quién de los dos sería el amo. Usted ha sabido andar

sola... pues bien, siga haciéndolo sin apoyarse en los difuntos.

—Yo no me apoyo en los difuntos—repuso la viuda.

—No, pero lo hubiera usted hecho si yo lo hubiese consentido—replicó Jeremías,—y he aquí por qué ha caído usted sobre mí. Sin duda le extraña que yo me obstine en hacer justicia al padre de Arturo, ¿no es así? Poco me importa que conteste usted ó no, porque ya sé que conoce la causa. En fin, tal vez piense usted que tengo el carácter algo extravagante, pero sea cual fuere, no puedo cambiarle, y por eso no permitiré que obre usted á su antojo mientras pueda yo evitarlo. No se me oculta que usted es mujer determinada y hábil, y cuando resuelve una cosa no hay fuerza humana que la obligue á retroceder...

—No retrocedo, Jeremías, mientras pueda justificarme á mis propios ojos.

—¿Justificarse á sus propios ojos?—replicó Jeremías;—ya le he dicho que es usted la mujer más determinada que existir pueda en el mundo, ó por lo menos he querido decirlo; y si usted resuelve justificar una medida cualquiera, seguramente no dejará de hacerlo.

—¡Yo no justifico la autoridad de este LIBRO!—exclamó la viuda Clennam, dejando caer el brazo sobre la mesa.

—Vaya—repuso tranquilamente Jeremías,—no toquemos esta cuestión por ahora. De todos modos, el caso es que usted pone en ejecución sus proyectos, y quiere que todo ceda ante su voluntad; pero yo no me someteré á esta voluntad. Le he sido fiel, útil y servicial, pero no consiento, ni he consentido nunca, ni consentiré jamás en que absorba usted mi individualidad. Apodérese de las demás si así le place, y buen provecho le haga; pero en cuanto á mí, señora, ya sabe usted que no tengo el carácter muy á propósito para permitir que se me coman crudo.

Tal vez era este el origen principal de la cuestión perpetua entre Jeremías y la viuda; y añadiremos que si la señora Clennam no hubiese reconocido la energía de carácter de Flintwinch, quizá no se habría dignado aceptarle como socio.

—Muy bien—replicó la viuda con acento de enojo,—ya hemos hablado bastante sobre este asunto.

—A menos que no vuelva usted á caer sobre mí—repuso el obstinado Flintwinch,—pues entonces, esté usted segura que comenzaré de nuevo.

La mujer de Jeremías soñó después que su señor y dueño había comenzado á pasearse de un lado á otro de la habita-

ción, como para calmar su cólera, y que entonces se había retirado ella; pero como su marido no salió mientras ella escuchaba temblando en la antecámara, volvió á subir, atraída por la curiosidad, ocupando otra vez su observatorio.

—¿Quiere usted encender la vela, Jeremías?—decía la señora Clennam con acento conciliador, como para continuar la conversación en tono amistoso.—Ya se acerca la hora de tomar el té; la niña Dórrit debe venir pronto, y podría encontrarme á obscuras.

Jeremías obedeció presuroso, y al poner el candelero sobre la mesa dijo á la viuda:

—Oiga usted... ¿qué piensa hacer con la niña Dórrit? ¿Ha de venir siempre á trabajar aquí? ¿Vamos á estar viéndola ir y venir continuamente?

—¿Cómo puede usted hablar así á una desgraciada parálitica cual yo? ¡Siempre! ¿No estamos ya todos segados como la hierba de la pradera? ¿No me ha cortado á mí la hoz de los tiempos hace muchos años, desde que estoy encerrada aquí, esperando á que me trasladen á la granja del Señor?

—¡Sí, muy bien! pero desde que está usted encerrada aquí, y no como una muerta, muchos niños y jóvenes, muchas mujeres de mejillas sonrosadas y hombres robustos, han sido trasladados á esa granja; y usted se ha conservado sin gran alteración. Usted y yo podemos vivir aun largo tiempo; y por la palabra *siempre*, he querido significar durante todo el curso de nuestra existencia.

El viejo dió esta explicación con mucha sangre fría y esperó tranquilo la respuesta.

—Mientras que la niña Dórrit sea juiciosa y trabajadora y necesite el escaso auxilio que yo puedo darle, mostrándose digna de él, no veo motivo para que no siga viniendo hasta que el Señor tenga á bien llamarme á sí, á menos que esa joven se retire por su propia voluntad.

—¿Nada más tiene usted que añadir?—preguntó Jeremías, acariciándose la barba.

—¿Qué he de añadir? ¿Qué más puede haber?—repuso la señora Clennam sorprendida y con tono severo.

La mujer de Jeremías soñó entonces que su esposo y la viuda habían continuado mirándose por espacio de algunos minutos.

—¿Sabría usted por casualidad, señora Clennam—preguntó después el viejo, bajando la voz, y pronunciando sus palabras

con una expresión que no parecía propia de tan sencilla pregunta,—dónde vive esa joven?

—No.

—¿Y... le gustaría á usted saberlo?—replicó Jeremías con una entonación extraña.

—Si hubiese deseado saberlo, ya lo sabría. ¿No hubiera podido preguntárselo?

—¿Es decir que no le importa á usted ignorar sus señas?

—No las necesito.

Jeremías hizo una larga aspiración y añadió después de una pausa:

—Lo digo porque yo sé dónde vive... por casualidad, se entiende.

—Sea cual fuere su morada—repuso la señora Clennam con cierta dureza, y pronunciando muy despacio las palabras, con la mayor claridad,—si esa joven hace un secreto de ello, yo no trataré de penetrarlo.

—En resumen, tal vez hubiera usted preferido ignorar que yo lo sé—añadió Jeremías, haciendo varias contorsiones como si le costara mucho trabajo hablar.

—Jeremías—replicó la viuda, con un tono tan enérgico, que hizo estremecer á la anciana Afery,—¿por qué me apura usted la paciencia? Si hay alguna cosa que pueda compensar mi prolongada reclusión entre estas paredes, y no olvide que nunca me quejo de los males que me afligen, es el poder vivir ignorando ciertas cosas que prefiero no saber. Usted debería ser el último que enviáse semejante compensación.

—Yo no la envidio—repuso Jeremías.

—Entonces no me hable usted más de eso. Guarde la niña Dórrit su secreto, y usted también; déjela ir y venir sin hacer comentarios ni preguntas. Sufra yo en buen hora, pero permítanseme todos los alivios que pueda obtener en mi situación. ¿Le parece á usted que soy demasiado exigente al pedirle que no venga siempre á mortificarme como un mal genio?

—Yo me he limitado á dirigirle una pregunta, y nada más.

—Pues yo he contestado, y de consiguiente, punto concluido.

Entonces se oyó el ruido del sillón que rodaba, y una mano impaciente agitó la campanilla de la viuda.

Como la mujer de Flintwinch temía más á su marido que al rumor misterioso que á veces oía en la cocina, alejóse tan silenciosa y rápidamente como le fué posible, bajó la escale-

ra con la mayor ligereza, y ocupó otra vez su asiento delante del fuego, tapándose la cabeza con el delantal. La campanilla resonó una, dos, y hasta tres veces, y continuó agitándose; mas á pesar de esta llamada importuna, la mujer de Jeremías permaneció inmóvil, procurando recobrar aliento.

Al fin oyéronse lentos pasos en la escalera que conducía al vestíbulo, y el viejo bajó, gritando sin cesar:

—¡Affery, mujer! ¿dónde estás?

Y como la mujer permanecía inmóvil, Jeremías llegó á la cocina, candelero en mano, acercóse á su esposa, levantó el delantal que ocultaba su cabeza y la despertó.

—¡Oh! Jeremías—exclamó Affery al despertar de su sueño, —¡qué miedo me has dado!

—¿Qué diablos haces aquí? Ya te han llamado cincuenta veces.

—¡Oh! Jeremías, es que he soñado.

Al oír estas palabras, Jeremías recordó el último acto de sonambulismo de su esposa, y acercó la vela á la cabeza de su mujer, cual si tuviese alguna intención de prenderle fuego para iluminar la cocina.

—¿Y no sabes que esta es la hora de servir el té?—preguntó el viejo con maligna sonrisa, descargando una patada en la silla de su mujer.

—¿De qué me hablas, Jeremías? No sé lo que me pasa, pero he tenido un miedo espantoso; antes de soñar me pareció oír... allí... allí.

—¡Cállate, perezosa! Déjate de tonterías.

—He oído un rumor extraño, Jeremías, muy singular, aquí, en la cocina, en aquel sitio.

Jeremías levantó el candelero para mirar el techo ennegrecido, y acercóse después al suelo, sucio y húmedo, y á las paredes llenas de manchas.

—Son las ratas, los gatos ó el agua—dijo Jeremías.

Pero su mujer movía la cabeza, como negándose á dar crédito á su marido.

—No, Jeremías—repuso,—no es la primera vez que oigo ese ruido; ya lo percibí una vez arriba, y otra en la escalera, cuando me trasladaba desde la habitación del ama á la nuestra, en medio de la noche; era así, como un frotamiento, y parecióme que algo se agitaba detrás de mí, tocándome casi.

—Affery—replicó el viejo con aire amenazador, después de acercar la nariz á la boca de su mujer, como para asegurarse de que el aliento no revelaba la absorción de algún licor,

—si no sirves el té á escape, viejecita mía, vas á sentir un frotamiento y un tocamiento que te harán bailar un poco.

Esta amenaza estimuló el celo de Affery, que se dispuso á subir corriendo á la habitación de la señora Clennam; mas con todo, comenzó á tener la firme convicción de que en la sombría casa había duendes. Desde aquel momento ya no tuvo un instante de tranquilidad apenas llegaba la noche; y al bajar ó subir la escalera no lo hizo nunca sin luz, cuidando también de ocultar su cabeza con el delantal, por temor de ver alguna aparición.

A causa de estos terrores fantásticos y de sus singulares sueños, la mujer de Flintwinch se entregó á una especie de meditación que indicaba un estado anormal de su espíritu, del que tal vez no la veremos salir en mucho tiempo. Así como en la vaga incertidumbre que le ocasionaban sus nuevas sensaciones, todo le parecía misterioso, así también comenzó ella misma á ser un misterio para los otros; y así como la casa, con todo cuánto contenía, era inexplicable para la mujer de Flintwinch, del mismo modo ella lo fué en lo sucesivo para todos los habitantes de la tétrica mansión.

Aun no había acabado de preparar el té de la señora Clennam, cuando resonó el aldabonazo que precedía siempre á las visitas de la niña Dórrit. La mujer de Jeremías miró á la joven, que se quitaba el sombrero en el vestíbulo, y después á su marido, que manoseando su barba, contemplaba silenciosamente á la costurera. Affery quedó convencida de que aquel encuentro tendría por resultado algún choque terrible, suficiente para hacerle perder el juicio de espanto.

Después de tomar el té resonó de nuevo el aldabón, anunciando la visita de Arturo. La mujer de Flintwinch corrió á abrir la puerta y el visitante le dijo al entrar:

—Me alegro de que sea usted, porque deseo decirle alguna cosa.

—En nombre del cielo—contestó la mujer de Jeremías al punto,—no me pregunte usted nada, Arturo, porque paso una mitad de mi vida soñando y la otra temblando, de modo que estoy más muerta que viva. No me pregunte usted nada, porque nada sé, ni puedo siquiera distinguir una cosa de otra.

Así diciendo, Affery se alejó presurosa, y tuvo buen cuidado de no acercarse más á Clennam.

La pobre Affery, que no era aficionada á la lectura, y que no veía ya lo bastante para trabajar en la habitación de la

enferma, suponiendo que hubiera tenido deseos de coser, manteníase durante la noche en aquella semi-obscuridad en que Clennam la vió el día de su llegada, y entregábase allí á una infinidad de reflexiones y sospechas extrañas respecto á su señora, á su marido y á los singulares rumores que se oían en la casa.

Cuando la viuda se ocupaba en sus lecturas devotas y feroces, la mujer de Jeremías no podía menos de fijar su mirada en la puerta, cual si temiese que apareciera en aquel momento algún sombrío personaje evocado por la pitonisa.

Por lo demás, jamás hacía ni decía nada que pudiese atraer sobre ella la atención de la señora Clennam y de su marido, excepto en muy raras ocasiones (por lo regular poco antes de acostarse su señora,) cuando salía de pronto de su obscuro rincón, y poseída de espanto murmuraba al oído de su esposo, ocupado en leer algún periódico:

—¡Escucha, Jeremías! ¡Ya se oye el ruido!

Entonces el rumor cesaba como por encanto, y Jeremías, enseñando los dientes, volvíase colérico, cual si estuviese cansado de tanta importunidad, y decíale con enojado acento:

—¡Affery, viejecita mía, te voy á dar una dosis... que será buena!... ¿Vas á estar soñando toda tu vida?



CAPITULO XVI

La familia Meagles

Había llegado el día de reanudar las relaciones con la familia Meagles, y en cumplimiento de la cita que le había dado su antiguo compañero de viaje en el Patio del Corazón Sangriento, Clennam encaminó sus pasos cierto sábado hacia Twickenham, donde el señor Meagles habitaba una pequeña quinta de su propiedad. Como hacía buen tiempo y después de una larga ausencia todo debía excitar su interés, envió su maleta por el coche y emprendió la marcha á pie, á fin de disfrutar del paseo.

Clennam siguió la vía de Fulham porque era la más pintoresca; y como no es fácil pasear por el campo sin pensar en algo, entregóse á sus reflexiones, no faltándole por cierto asunto para ellas.

En primer lugar presentábase la grave cuestión que le preocupaba continuamente.

¿Qué debía hacer en lo sucesivo? ¿A qué se dedicaría y dónde buscar un trabajo cualquiera? Clennam distaba mucho de ser rico, y cada día que pasaba en la inacción reducía su patrimonio. Cuando comenzaba á pensar en aumentarle y en los medios de colocar sus fondos, acosábale la idea de que tal vez alguien pudiera quejarse de una expoliación, y esto le inquietaba de continuo. Por otra parte, las relaciones con su madre estaban ya determinadas bajo un pie de igualdad pacífica, pero no de íntima confianza, aunque visitase la casa varias veces todas las semanas. El recuerdo de la niña Dórrit, la persona que tenía más presente, era lo que más le hacía reflexionar; pues así por las circunstancias de su vida como

por la historia de la joven, parecía que ya le unían con ésta estrechos lazos, por más que sólo fuesen hijos de una inocente confianza, de una afectuosa protección, del respeto y del agradecimiento. Arturo comenzaba á considerar á la jovencita Dórrit como su hija adoptiva, y proponíase asegurarle un tranquilo porvenir.

Cuando avanzaba más absorto en sus reflexiones, dió alcance á un hombre que le iba precediendo desde hacía largo rato y á quien creyó reconocer por su aire. Un momento después, deteniéndose el viajero como para orientarse, Clennam pudo ver sus facciones y reconoció á Daniel Doyce.

—¿Cómo sigue usted, amigo Doyce?—dijo Clennam;—me alegro de encontrarle en un sitio menos insalubre que las oficinas del ministerio de Circunlocuciones.

—¡Hola! ¡el amigo del señor Meagles!—exclamó el industrial interrumpiendo su meditación y tendiendo la mano,—me complace en extremo ver á usted, caballero... ¡diantre! ya no recuerdo su nombre.

—¡Ah! no es un nombre muy célebre; no me llamo Barnacle.

—No, no—contestó Doyce sonriendo.—¡Ah!... ya me acuerdo... se llama usted Clennam. ¿Cómo va, señor Clennam?

—Muy bien, gracias. Presumo que nos dirigimos al mismo punto. ¿No es así, señor Doyce?

—¿Hacia Twickenham? Tanto mejor.

Muy pronto entablaron los dos paseantes un diálogo amistoso, abreviando el camino con una variada conversación. El industrial era hombre modesto y de clara inteligencia que había sabido aunar las concepciones más originales y atrevidas con una ejecución paciente y minuciosa. Al principio fué muy difícil hacerle hablar de sí mismo, pero reconociendo al fin que Arturo se interesaba en su historia, refiriósele toda con la mayor franqueza. Clennam supo entonces que Daniel Doyce era hijo de un herrero de un condado del Norte; que habiendo quedado su madre viuda, le colocó de aprendiz en casa de un cerrajero, donde inventó *algunas frioleras*, habiéndole cedido después su amo la tienda por retirarse del oficio; que había trabajado y estudiado mucho durante quince años; que luego se trasladó á Escocia, donde continuó perfeccionándose en la teoría y la práctica; que después visitó Francia, Alemania y San Petersburgo, trabajando más ó menos tiempo en estos países, hasta que al fin, sintiendo deseo de volver á su país había venido á establecerse en Inglaterra,

donde eran muy conocidas varias máquinas inventadas y construídas por él.

—¿Y no está usted desanimado por el mal éxito de sus tentativas en el ministerio de Circunlocuciones?—preguntó Clennam.—¿No sería mejor renunciar á dar su invento?

—Haría mal en desanimarme, porque mi descubrimiento será tanta verdad hoy como mañana; y en cuanto á renunciar, comprenda usted que un invento no se hace para enterrarlo, sino para que sea útil.

Los dos paseantes guardaron silencio por breve rato, y después Clennam, deseando cambiar poco á poco de conversación, preguntó á Doyce si tenía algún asociado que le ayudase en el manejo de los negocios.

—No—contestó Doyce;—tuve uno al principio y era un buen hombre, pero murió hace algunos años, y como no podía resolverme á reemplazarle desde luego, compré de nuevo su parte en la sociedad y continué solo. Sin embargo, debo reconocer que nosotros, los inventores, no servimos para dirigir los negocios.

—Seguramente que no—repuso Clennam.

—De modo que—continuó el industrial,—considero indispensable tomar por socio un hombre que entienda eso y que no haya descubierto nada como yo, aunque sólo sea para sostener la reputación de mis talleres. Me parece que no encontrará en mis libros desorden ni la menor confusión.

—¿Y ha elegido usted ya?

—Todavía no; no he hecho más que resolverme á buscar uno; la verdad es que ahora hay mucho más trabajo del que antes había, y que sólo para vigilarlo necesito todo mi tiempo. Además, alguno ha de cuidarse de la contabilidad y la correspondencia, sin contar los viajes al extranjero, que exigen á menudo un representante. Si puedo disponer de media hora de aquí á mañana, haré alguna diligencia sobre el particular.

Clennam y Doyce hablaron después de diversos asuntos, hasta que llegaron al termino de su viaje.

Como el industrial conocía bien la casa de Meagles, condujole por el camino más corto. Era un sitio muy pintoresco, situado no lejos de las orillas del río, una residencia que parecía construída expresamente para la familia Meagles; elevábase en medio de un jardín y rodeábala una frondosa arboleda, donde abundaban las plantas trepadoras.

Apenas hubo resonado la campana de la verja, presentóse

Meagles, apareciendo un momento después y sucesivamente su señora, la señorita y Tattycoram. La acogida que se hizo á los visitantes no podía ser más cordial.

—Como ve usted, señor Clennam—dijo Meagles,—ya estamos encerrados en nuestra jaula, en los límites de *nuestra casa*, como si no debiéramos salir ya... es decir, como si no hubiésemos de viajar otra vez... Esto no se parece á Marsella, ¿eh?

—Seguramente que no—dijo Clennam;—este es otro género de belleza.

—No importa—repuso Meagles, frotándose las manos con evidente satisfacción;—aquí está uno perfectamente, pero á menudo pienso en aquella cuarentena que nos hicieron pasar, y con frecuencia he deseado hallarme allí otra vez, porque había muy buena gente.

Era ya manía inveterada en el señor Meagles encontrarlo todo desagradable cuando viajaba, y echarlo todo de menos mientras estaba en su casa.

—Siento mucho—dijo,—que no estemos ahora en verano, porque entonces les parecería esto mucho más hermoso. De todos modos, nos causa inmenso placer su visita, amigo Clennam (permítame suprimir el *señor*;) crea usted que nos complace en extremo.

—Y yo le aseguro que nunca se me ha dispensado acogida más cordial.

—¡Ah!—replicó Meagles,—creo que esto vale bien la pena de ser visto; por lo menos observará usted que hay mucha tranquilidad.

Después de hacer este elogio de su morada, Meagles sirvió de guía á sus huéspedes para enseñarles la casa. Era exactamente lo que la familia necesitaba, ni más ni menos, tan bonita interiormente como en el exterior, y muy cómoda. La parte decorativa no dejaba de tener su valor, pues Meagles había acumulado numerosos objetos recogidos en sus frecuentes expediciones. Veíanse allí antigüedades de la Italia central, fragmentos de momias de Egipto, modelos de góndolas venecianas y de cabañas suizas, pedazos de mosaicos de Herculano y de Pompeya, cenizas halladas en diversas tumbas y lava del Vesubio, abanicos españoles, babuchas moranas, esculturas de Carrara, camafeos romanos y una infinidad de otras curiosidades. El señor Meagles, que se preciaba de artista, por más que dijese lo contrario, tenía también algunos

lienzos de escaso mérito, pertenecientes los más al género religioso.

Después de haber enseñado á sus amigos todos estos trofeos de viaje, el señor Meagles los condujo á su propia habitación, elegante salita muy cómoda, con vistas al jardín, y que participaba á la vez del carácter de gabinete-tocador y de despacho; veíase allí una especie de pupitre mostrador, en cuyo centro hallábanse unas pequeñas balanzas y una pala de banquero.

—He ahí—dijo Meagles,—los instrumentos que he tenido ante mí durante treinta y cinco años consecutivos, cuando pensaba tan poco en correr el mundo, como ahora en quedarme aquí. Cuando dejé el Banco definitivamente, pedí como especial favor que me permitieran llevarme esos objetos. Ahora mi hija es la que quiere ocuparse siempre en contar el dinero.

Clennam fijó de pronto la vista en un cuadro que representaba dos niñas cogidas de la mano.

—Esos retratos—dijo Meagles,—se pintaron hará unos diecisiete años; de modo que en aquella época sólo eran unas criaturas.

—¿Y sus nombres?—preguntó Arturo.

—¡Ah! es cierto; la una se llama Minnie, que es nuestra Favorita, la que ve usted aquí, y la otra Lillie.

—¿Habría usted adivinado que uno de esos dos retratos es el mío?—preguntó Favorita que acababa de presentarse en el umbral de la puerta.

—Hubiera podido creer que el pintor quiso representar á usted dos veces en ambos retratos, tanto se le parecen aun; y hasta no podría distinguir cuál es verdaderamente el de usted.

—¿Oyes esto, mujer?—preguntó Meagles á su señora, que acababa de llegar también.—Todo el mundo dice lo mismo, Clennam; nadie puede acertarlo: la niña de la izquierda es Favorita.

El cuadro se hallaba por casualidad junto á un espejo, y al mirarle de nuevo Clennam, vió reflejarse en el segundo la figura de Tattycoram, que después de haberse detenido ante la puerta para escuchar lo que se decía, alejábbase frunciendo las cejas, con una expresión irritada y desdenosa que amenguaba mucho su natural belleza.

—Acaban ustedes de dar un paseo muy largo, y supongo que no les disgustaría quitarse las botas; en cuanto á Da-

niel, pareceme que no pensaría nunca en ello si no se lo dijese.

—¿Por qué?—preguntó Daniel.

—Porque usted no piensa más que en cifras, ruedas, palancas, tornillos y cilindros.

Llegó la hora de comer, y cuando se anunció que podían pasar al comedor, la familia Meagles y sus dos huéspedes sentáronse á la mesa, todos con el mejor apetito. La comida fué muy agradable, y durante ella hablóse de diversos asuntos, pero sobre todo del último viaje.

—¿Y qué habrá sido de la señorita Wade?—preguntó de pronto el señor Meagles.—¿No hay quién haya vuelto á verla?

—Yo la he visto—dijo Tattycoram, que acababa de entrar en aquel momento.

—¡Tatty!—exclamó Favorita,—¿tú has visto á la señorita Wade? ¿dónde?

—Aquí, señorita.

—¿Cómo?

—Cerca de la iglesia—contestó Tattycoram, sin poder reprimir un movimiento de impaciencia.

—Yo quisiera saber qué hacía allí—dijo Meagles,—pues me parece que no tenía costumbre de frecuentar tales sitios.

—Comenzó por escribirme—añadió Tattycoram.

—¡Oh, Tatty!—murmuró Favorita,—aparta las manos de mí, porque me parece que alguna otra persona me toca.

La joven dijo esto con una viveza involuntaria, sin más intención ofensiva que la que se podría esperar de una niña mimada cuando se ríe de sus propias palabras apenas las ha pronunciado; pero Tattycoram contrajo sus rojos labios con enojo, y cruzóse de brazos.

—¿Quiere usted saber, señor—preguntó á Meagles,—lo que me ha escrito la señorita Wade?

—Puesto que me diriges esa pregunta delante de amigos, me parece que podrás hacerlo desde luego si te conviene.

—Ha sabido, cuando viajábamos, dónde reside usted—contestó la muchacha,—y á mí me vió cuando... yo...

—Cuando estabas de mal humor—añadió Meagles;—vamos, continúa y no vayas de prisa.

La joven contrajo más aun sus labios é hizo una larga aspiración.

—El caso es—prosiguió,—que la señorita Wade me ha escrito para decirme que si alguna vez llegaba á tener motivos de queja (al decir esto fijó la mirada en su joven señorita,) ó

si me mortificaban, ella me tomaría á su servicio, pagándome bien. Me dijo que reflexionara sobre ello, y que fuese á manifestarle mi contestación cerca de la iglesia, por lo cual he ido á darle las gracias.

—Tatty—dijo Favorita, alargando la mano por detrás de la silla, para que la joven pudiese cogerla,—la señorita Wade casi me dió miedo cuando nos despedimos de ella, y no me extraña haberme estremecido al saber que estaba tan cerca de mí sin saberlo yo. ¡Querida Tattycoram!

La joven permaneció inmóvil.

—Pues bien—dijo Meagles,—reflexiona sobre la proposición. Te doy cinco minutos de tiempo.

Antes de que transcurriera uno, Tattycoram, por toda contestación, inclinóse para besar la mano cariñosa de su señorita y alejóse sin decir palabra.

—He ahí una muchacha—dijo Meagles,—que se hubiera perdido sin remedio á no haber tenido la suerte de caer en manos de personas prácticas, como mi señora y yo. Sabemos que hay momentos en que esa joven parece rebelarse contra nosotros al ver cuánto cariño profesamos á nuestra hija, pero es una infeliz, y pienso cuánta será su pena, dado su carácter irritable y colérico, cuando oye repetir el cuarto mandamiento todos los domingos.

Llegada la noche se jugó un poco á los naipes para matar el tiempo; mientras que Favorita tocaba el piano, levantándose á menudo para dar una vuelta por el salón. Al contemplarla, Clennam pensó que era muy difícil pasar un día al lado de aquella encantadora joven sin enamorarse de ella, pero había resuelto no dejarse dominar por ningún sentimiento de esta índole y se mantuvo firme en su propósito, por mucho que le costara.

—Pero ¿en qué piensa usted, amigo Clennam?—preguntóle de pronto Meagles, que era su compañero en la partida.

—Dispense usted—contestó Arturo,—me había distraído.

—Estoy segura—dijo Favorita,—que el caballero Clennam pensaba en la señorita Wade.

—¿Por qué en la señorita Wade?—preguntó Meagles.

—¡Ah! sí, ¿por qué?—repitió Clennam.

Favorita se ruborizó ligeramente y fué á sentarse otra vez al piano.

Llegada la hora de retirarse á dormir, Arturo oyó á Daniel Doyce preguntar á Meagles si podría concederle media hora de audiencia á la mañana siguiente, y cuando el primero hubo

salido del salón, acercóse á su vez á su antiguo compañero de viaje y le dijo:

—Señor Meagles, ¿recuerda usted el día en que me aconsejó venir á Londres?

—Perfectamente.

—Supongo no habrá olvidado tampoco que me dió otros consejos, los cuales necesitaba mucho entonces.

—Ignoro si le habrán servido de algo, pero sí recuerdo bien que tuvimos varias conversaciones muy gratas, por nuestra intimidad y confianza.

—He seguido los consejos de usted, y habiendo renunciado á una ocupación que me era penosa por varios motivos, deseo ahora utilizar en otra empresa cuánto me queda de vigor y fortuna.

—Tiene usted mucha razón, y cuanto antes lo haga, mejor será.

—Ahora bien, cuando me dirigía aquí, he sabido que el señor Doyce busca un asociado para la dirección de sus talleres, no una persona que tenga los mismos conocimientos mecánicos, sino alguien que se ocupe en sacar el mejor partido posible de las aplicaciones de aquéllos.

—Muy bien—repuso Meagles, con el aire de un hombre que recuerda también la época en que se dedicaba á los negocios.

—El señor Doyce—continuó Clennam,—me ha dicho que iba á pedir á usted consejo sobre la elección de un asociado de tales condiciones; y si usted cree que nuestras miras y medios pueden conciliarse, espero tenga la bondad de darle á conocer la suma de que dispongo. Hablo de esto sin estar en antecedentes; de modo que podría suceder que no nos conviniésemos.

—¡Comprendo! ¡comprendo!

—Pero eso sería cuestión de cifras y de cuentas.

—Perfectamente; estoy en lo mismo.

—Y á mí me complacería—añadió Clennam,—entablar las negociaciones, si el señor Doyce consiente en ello y usted no tiene nada que oponer. Si me permite, pues, encargarle de esta comisión, se lo agradeceré mucho.

—Amigo Clennam—contestó Meagles,—acepto con mucho gusto esta comisión, y comprendiendo que en su calidad de hombre acostumbrado á los negocios ha previsto usted ya las dificultades que puedan surgir, me creo autorizado á decirle que me parece que su proposición tiene probabilidades

de ser admitida. Por de pronto, esté usted persuadido de una cosa, y es que Daniel Doyce es un modelo de honradez.

—Porque estoy convencido de ello le pido este favor.

—Tenga usted presente que será preciso guiarle, dirigirle por el mejor camino, porque Daniel hace cosas que nadie ha hecho antes, y avanza siempre por nueva vía. Por lo demás, cuente usted con mis servicios. ¡Buenas noches!

Clennam subió á su cuarto, y sentándose junto á la chimenea, entregóse á sus reflexiones, regocijándose ante todo de haberse mantenido fiel á su propósito de no enamorarse de la hija del señor Meagles, aunque cada vez le parecía más bella y seductora.

